

ROMPER UNA LANZA

Un día cualquiera de diciembre, frente al Mediterráneo; la vida transcurre muy deprisa; no obstante aún queda un momento - para la reflexión.

Hace un buen día: caliente el sol. Por las mañanas refresca, pero tierra adentro el fresco matinal se convierte en helada. Tanto acá como allá la vida y las costumbres siguen una evolución paralela; los cambios se imponen con rapidez y apenas nos quede tiempo para aprehender un poco la realidad. Intentaré en las líneas siguientes esbozar un apunte sobre una parcela mínima de esa realidad. El punto de partida va a ser LA LENGUA; - el de llegada es mejor no fijarlo de antemano.

Se tiene a veces una falsa conciencia del valor de las expresiones lingüísticas para comunicar sentimientos que sólo surgen como consecuencia de formas de vida y experiencias muy concretas. Todos hemos sido responsables de la pérdida de un léxico y unos giros sintácticos insustituibles por intraducibles. Yo también tengo que entonar el "mea culpa" por la parte que me toca. Recuerdo momentos de mi primera adolescencia, cuando al llegar de vacaciones y juntarme con otros muchachos de mi edad, sonreíamos abiertamente al escuchar algún dialectalismo, sólo porque en nuestras orejas sonaba como algo que habíamos dejado de oír durante un par de meses. Y ahora, con la serenidad que concede la perspectiva de alejamiento en el tiempo, me pregunto: - ¿Hasta qué punto era yo responsable de mis actos? ¿Tenía en aquellos años una conciencia lingüística que me permitiera discernir la justeza y necesidad de los vocablos? Y si yo (y nadie a sus doce años) no estaba capacitado para adoptar una conducta maniquea, ¿a quién habrá que cargar con la culpa?

No olvidemos que la lengua es una institución humana, y como tal tiene la evolución propia de los organismos vivos: nace, se desarrolla, muere. El leonés tal vez nunca existió como lengua, pero sí como dialecto que servía para que los componentes de una comunidad pudieran entenderse. En este sentido era tan -

digno y tan complejo como la lengua más culta. Lo digo en pasado porque creo que estamos asistiendo a la agonía de los restos de este dialecto en una amplia zona geográfica y social.

Si la vida es cultura, como dicen algunos, en SANTIBÁÑEZ ha habido vida y por lo tanto una cultura nada desdeñable. Sin embargo los tiempos cambian, las formas de producción evolucionan y gran cantidad de aperos y costumbres desaparecen; con ellos se pierden también las palabras. Ya en el momento actual sólo los que tienen cierta edad saben distinguir una "meda" de una "parva" o un "muelo" de trigo. No son, todas estas, palabras propias del leonés. Tampoco yo pretendo hacer una defensa a ultranza (y mucho menos excluyente: ¡sería absurdo!) de unas formas dialectales que siempre han convivido en armonía con las del castellano. Pero sí que me duele que la competencia lingüística de los componentes de una comunidad disminuya y se empobrezca.

Por las circunstancias de la vida, tengo que desarrollar mi actividad profesional lejos del pueblo donde eché los dientes. A quí soy testigo de los esfuerzos de unos cuantos aficionados que intentan recuperar documentalmente juegos, costumbres, faenas, etc., que se han perdido irremisiblemente. Para los demás, estos señores son unos quijotes; pero una vez realizado el trabajo todo son muestras de comprensión y agrado.

En nuestro caso, lo tenemos más fácil. No hace tanto tiempo que desaparecieron, barridos por los medios audiovisuales, muchos juegos que nos divertían de niños. Han seguido el mismo camino las faenas que se hacían con una pareja de "bueis", todos los trabajos de la era, el proceso que seguía el lino desde que se sembraba hasta que con él se confeccionaba una quilma o una camisa, etc. Algo de todo ello está recopilado en algún trabajo que merecería una pronta edición; pero, ¡queda tanto por hacer!

Hace unos años se comenzó la recogida de algunos aperos de labranza y útiles de artesanía con el fin de "plantar" un museo en el que se catalogara cada objeto. La idea era que estuviera abierto a todo tipo de cesiones. Por eso he utilizado la palabra

olantar, pues debería ir creciendo sin cortapisas. Últimamente ha pasado por algún momento de crisis y se ha convertido en víctima de las decisiones arbitrarias de algunas "autoridades". Tenemos que adquirir la conciencia de que mejor se conservan las cosas en los museos que tiradas y estorbando en una panera vieja. Las ideas provechosas hay que favorecerlas y fomentarlas, nunca reprimirlas.

Parecería que estoy divagando y saliéndome del tema que había comenzado. No hay tal: el conocimiento de los objetos facilita y perpetúa el dominio y precisión de los términos con que se designan. Para las personas de cierta edad estos conocimientos son impercederos, pues parten de experiencias de vida. ¿Por qué no promover éstas, aunque sea en plan lúdico, en las generaciones futuras? Si la vida rural tiene expresiones culturales genuinas, intentemos mantenerlas.

En ámbitos lingüísticos distintos se sabe apreciar la precisión con que se emplean las palabras y en gran parte depende de nosotros la "competencia" y "actuación" de los que nos siguen.

E. C. M.